



## *PRESENTACIÓN del XXXVII PREGÓN*

*De la Pontificia, Real, Ilustre y Fervorosa Hermandad Sacramental de Santiago Apóstol, Santa Vera Cruz y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de los Remedios en el Santo Sepulcro y Nuestra Señora de la Soledad.*

*Por parte de Doña Ana M<sup>a</sup> Rodríguez Luque*

*Castilleja de la Cuesta 14 de marzo de 2026*

Cuando apenas se ha recogido el lentisco de la Jornadita y la iglesia vuelve a recobrar su orden original.

Cuando los Campanilleros han guardado el cántaro y el triángulo y los papeles arrugados con las coplas anotadas, han terminado de marcar con la mano el ritmo de la campanilla.

Cuando las Cantoras han recogido con esmero, la pandereta y la carrañaca y la partitura de la Enramada espere paciente la próxima Navidad.

En las todavía frías y oscuras noches de invierno, por las calles del pueblo van llegando los tímidos sonos de la banda cuyas cornetas y tambores nos van transportando a la siguiente fecha marcada en rojo en el calendario de nuestras vidas, la Semana Santa, cuando la seductora primavera se acerca cálidamente y nos arrebatara el abrigo para salpicar de color y de olor la creación.

Mientras, antes, con humildad y respeto, suplicando su perdón, le pediremos permiso al Miércoles de Ceniza para proclamar en la Plaza, que el jueves del traslado de la Virgen comienza la Cuaresma en Castilleja.

Tiempo de preparar el espíritu y de oración. Tiempo en el que vuelve el bullicio a la iglesia para embellecer el septenario de la Virgen con la luz de su soledad. Tiempo para acercarnos a Ella y besar sus manos. Tiempo de velar la muerte del Señor suplicando sus remedios y acompañarlo en un Vía Crucis solemne antes de estremecernos en la oscuridad del templo con el sollozo

ahogado al vivir su sagrado traslado al sepulcro, posando en la urna su cuerpo yacente.

Y tiempo de esperar a que la luna llena contemple el luctuoso cortejo del Viernes Santo con la fe certera de que al tercer día paseará Sacramentado el día de su Resurrección, aquél que nació y murió en la Plaza de Santiago.

- Reverendo Señor Cura Párroco, Don Alfonso José  
Filiberto del Castillo

- Señora Teniente de Alcalde del Excelentísimo  
Ayuntamiento de Castilleja de la Cuesta

-Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Pontificia, Real,  
Ilustre y Fervorosa Hermandad Sacramental de Santiago  
Apóstol, Santa Vera Cruz y Cofradía de Nazarenos del  
Santísimo Cristo de los Remedios en el Santo Sepulcro y  
Nuestra Señora de la Soledad.

-Señor Director y componentes de la Banda del Santísimo  
Cristo de los Remedios

-Hermanos, Amigos, Señoras, Señores

-Señor Pregonero

“María, Virgen Santa de la Soledad, Madre del Señor, tú que has llevado en tu seno el fruto precioso de la misericordia hacía los hombres”

Así con estas palabras para Ella comenzaba el primer regalo que se le hizo en forma de oración y que el Señor Arzobispo le dedicó hace ya 10 años con motivo de su Coronación y que los miembros de la Comisión de la Obra Social creada por tal motivo, continuamos repitiendo al comienzo de cada reunión poniendo todo nuestro trabajo en sus benditas manos.

¡Solo por ti Soledad, todo por ti Soledad! y por aquellos que atesoran otra corona, la del brillo plateado de sus sienes y el resplandor de las lágrimas que recorren el surco arrugado del paso del tiempo. Esos que con palabras entrecortadas evocan el recuerdo de la memoria y agradecen cada tarde en el Centro o en sus casas, el regalo del encuentro, la alegría de la cercanía y la presencia de los que con una sonrisa y un poquito de escucha acarician suavemente su corazón.

En este décimo aniversario de tu Coronación Grandiosa, seguimos sintiéndonos orgullosos como Hermandad de que aquella corona de devoción, fe y amor siga resplandeciendo aún más si cabe con cada actividad, visita y proyecto que organizamos para nuestros mayores.

Y eres tú Madre mía quien nos devuelves el agradecimiento llegando el día de la Presentación del Señor hasta nosotros para envolver con tu presencia a todos aquellos que, con más edad y aquejados por su salud, te esperaban con alegría habiéndote dedicado su entrega sincera y sus esfuerzos constantes durante tantos años por el bienestar de los que se encuentran solos.

Inundaste el Centro con esa “claridad que al pasar dejas”, iluminando nuestro camino, esparciendo tu fragancia. Haciéndonos ver en las lágrimas de emoción compartidas, que el sentimiento de hermandad constituye junto a la grandeza del fervor y de la unión, nuestro mayor patrimonio.

Hoy, lo volvemos a sentir así, nos reúnes ante tu presencia en este trigésimo séptimo Pregón, para vivir cómo del corazón de nuestro hermano Don Juan Prieto Gordillo, brotan las más bellas expresiones de amor que proclamen y honren de la manera más genuina, su devoción por Santiago Apóstol, por el Santísimo Cristo de los Remedios y por su bendita Madre, la Virgen de la Soledad.

Ensalzará los profundos lazos de religiosidad transmitidos de generación en generación y que arraigan y definen nuestra identidad, a la vez que han marcado la extraordinaria riqueza de la historia que poseemos.

En las palabras de nuestro pregonero escucharemos el eco de la herencia de los de antes, el entusiasmo de las vivencias de los ahora y el anhelo jubiloso de los que vienen.

Cuando agosto pugnaba por hacer brillar el sol en Castilleja la silueta de nuestra torre se recortaba contra la luna clamando por colorear el cielo que anunciara el nacimiento de un nuevo hijo en la Plaza, Juan. Su bautismo también tuvo lugar aquí, en nuestra hermosa pila bautismal, noble testigo del paso de tantos nombres de familias placeñas. Y la veleta, vestigio paciente del paso del tiempo, le guiará en el camino de la fe y en su compromiso con la Hermandad.

Juan se crió con el olor a pan recién horneado que distinguía la plaza. El horno de María Sánchez, su acogedora abuela, siempre fue el punto de encuentro donde acudían las mujeres para cocer sus dulces mientras charlaban.

Su padre, Paco, continuó con la tradición familiar de la panadería y en él se implicaron sus hijos Antonio y Francisco José. Todavía a día de hoy seguro que a muchos de los que estamos aquí, al entrar en el despacho, nos viene a la memoria el sabor entrañable de aquellos años y recordamos la dulzura de Manola, su madre, tan amable y simpática, siempre atendiendo con una sonrisa y una agradable conversación. Una persona con una fe inquebrantable hasta sus últimos días y valiente para apoyar a Paco a afrontar las vicisitudes del negocio.

De ellos ha heredado Juan su sencillez, su cercanía, sus valores cristianos y su dedicación por el trabajo bien hecho, pero sobre todo el ser de la Plaza.

Tenía apenas tres años cuando salió solo a corretear entre los naranjos, que impregnados del característico olor a tortas de aceite le parecía que era su propio hogar. Se sentía cobijado por los aiosos arcos que se alzaban fuertes y esbeltos dándole mayor belleza y armonía si cabe al entorno familiar de aquella época.

Aprovechando el lugar privilegiado donde vivía, a ese niño pequeño la curiosidad lo llevaba a asomarse a la puerta de la iglesia donde observaba a través de su mirada inocente cómo se organizaban los cultos o cualquiera de los quehaceres diarios, por lo que nuestro pregonero ha vivido de primera mano todos los acontecimientos.

Juan cursó la Enseñanza Básica en Castilleja y continuó sus estudios de Bachillerato en Sevilla para matricularse finalmente en la Facultad de Geografía e Historia, donde se licenció, culminando su carrera con la publicación de su Tesis Doctoral y convertirse en doctor en Historia del Arte.

Su pasión desde pequeño ha sido hurgar de manera meticulosa entre los papeles viejos y siempre encontraba tiempo para llegarse al archivo de la Parroquia Matriz y desgranar los legajos en los que a día de hoy sigue de manera meticulosa escudriñando entre líneas, disfrutando al encontrar el dato correcto o el acontecimiento histórico, cuya investigación le hace localizar los detalles que le llevarán de la incertidumbre a la certeza y a la emoción por el hallazgo.

Ese momento en el que el papel amarillento se ilumina para convertirse en testimonio y sorpresa para el

historiador consiguiendo su sueño. Una experiencia profunda que refuerza el sentimiento de pertenencia a una comunidad y sus tradiciones, para después compartirlo de forma desprendida. Porque lo que más le entusiasma a Juan es conocer lo que la memoria ha ido guardando y conversar sobre su hermandad de Santiago.

Juan es profesor de la Universidad de Huelva y de la Pablo de Olavide en Sevilla donde desarrolla su pasión por la enseñanza. Ha sido la persona que le ha dado forma a la historia de Castilleja y siente un enorme orgullo por el patrimonio religioso de la iglesia parroquial de Santiago que con tanto celo nuestros antepasados fueron conservando como valioso tesoro.

Es autor de varios libros, de innumerables artículos y colaboraciones en diferentes boletines y revistas. De su extenso trabajo, destacaría por lo que nos atañe, los libros dedicados a su pueblo y especialmente el de nuestra Hermandad, donde se recogen los más preciados detalles del peso de nuestra larga historia.

Además ha formado parte de las comisiones artísticas creadas tanto para las restauraciones del Señor, de la Virgen y de nuestro Patrón, Santiago Apóstol. Ha sido comisario de diferentes exposiciones entre las que destacamos las dedicadas al “Señorío Antiguo de Santiago” y “Una Devoción Coronada” y desde hace años realiza un valiosísimo trabajo como archivero, siempre velando por nuestro patrimonio.

A Juan lo vemos en todos los actos de la hermandad, especialmente participando de los cultos, en las distintas procesiones, vistiendo de nazareno o celebrando la resurrección.

Pero además de su extensa obra histórica podemos decir que su familia es su obra cumbre. Cuando la vida le trajo el mejor regalo de Reyes y para contraer matrimonio esperó en el altar junto a la Virgen a mi querida amiga Trini, su compañera, su cómplice, su apoyo fiel, su amor. Pronto los Magos cumplieron sus deseos y les trajeron a sus hijos Juan Pablo y José María con los que forman una preciosa familia donde guardan los abrazos al cobijo de su hogar.

Pero si alguien especialmente enlaza estrechamente el sentimiento de familia, casa, niñez, tradición y fe, ese ha sido su querido hermano Antonio, junto a quien compartía las más emotivas vivencias y momentos de hermandad. Una persona sencilla, cariñosa, trabajadora y luchadora, un comprometido cofrade, miembro de Junta de Gobierno, costalero del Santísimo Cristo de los Remedios y mientras pudo no dejó cada Viernes Santo de vestir la túnica del Señor, su mayor devoción.

Y cuando su recuerdo asome al pensamiento de Juan después de que su imagen haya ido flotando en sus sueños dictándole las más hermosas palabras, hará que el corazón se le acelere nombrándolo y se le quebrará la voz cuando rememore el fatídico día en el que arrojado con la desnudez del Señor subió al cielo cubierto en su bandera

que lo acompañó, meciéndolo dulcemente, hasta la eternidad.

Juan, las lágrimas que han ido arrancando el eco de tu alma mientras ibas mojando el papel de emociones, vivencias y sentimientos que creías olvidados, ya han quedado plasmados con la tinta de estos tus papeles nuevos y nosotros seremos testigos de cómo ahora eres tú quien formarás parte de la memorable historia de esta hermandad y vendrán otros en un futuro muy lejano a desgarrar tu nombre de un viejo papel.

Juan nos traerá en su pregón al hijo, al devoto, al esposo, al padre y al profesor, pero nosotros nos quedaremos con nuestro hermano, cercano, estudioso y ameno, siempre ensalzando el aroma añejo de nuestra corporación. Dando a su vez testimonio de su fe y del amor de Dios, que en este tiempo de Cuaresma, nos ayuda a quitar las espinas del camino.

Pues aquí nos tienes Juan, deseosos de escuchar lo que has ido arañando suavemente de entre las capas de tus recuerdos. Y vosotros no dudéis del amor y el rigor que viviremos en cada una de sus palabras, que destilarán la solera de nuestra hermandad y el arraigo con su pueblo.

Aquí tienes Juan más cerca que nunca a tu Virgen, la de tu familia, la de nuestra casa, la de la cara fina y la mirada serena como te gusta piropearla.

Ha bajado a tu lado para acompañarte, la Virgen de la Soledad, *la Virgen de nosotros* como diría tu querido

amigo, nuestro añorado hermano Manolo Porrua, ese gran placeño que se posó en su manto para volar con Ella a la gloria, mientras su paso le recordaba al pueblo la grandeza de esta Hermandad.

Ya la Virgen ha perfumado con aroma de canela y azahar el aire de su palacio del cielo y le ha dejado su deslumbrante trono a tus adoradas estrellas.

Tu hermano, orgulloso, está impaciente por escucharte y tu madre nerviosa, con mimo le está cogiendo la mano, mientras tu padre va aclarando la voz entonando una saeta. Es él, ¿la escuchas Juan?

¡Son ellos los que te están susurrando en el alma!

Y ahora sí, en el momento que subas al atril cuando te inclines con temblor contenido ante Ella, se irán desvaneciendo por esta iglesia de Santiago los sentimientos que heredados de los siglos profesamos por el Santísimo Cristo de los Remedios y su bendita Madre, la Virgen de la Soledad.

Esos pensamientos que han marcado tu vida de añoranza y que has ido atesorando en tu memoria dejando una huella profunda en tu alma y que ahora, con tu gesto y con tu voz tendrás el honor de proclamar para contribuir a enaltecer más que nunca nuestra antigua y venerable hermandad.

Querido amigo, Juan:

¡Haznos vivir la esencia y sigamos haciendo historia!



**XXXVII PREGÓN**

**DE LA**

**SEMANA SANTA**

**Hermandad de Santiago Apóstol**

**D. Juan Prieto Gordillo**

**Castilleja de la Cuesta**

**14 de Marzo de 2026**

**XVII PREGÓN. HERMANDAD SACRAMENTAL DE SANTIAGO.****Juan Prieto Gordillo**

Buenas noches hermano Antonio,

¿Qué tal estás?

Pues aquí sentado en un balconcito del cielo,

viendo como se escribe la historia,

junto a Nuestra Madre Celestial,

en cuyo rostro reconozco,

a Nuestra Virgen de la Soledad.

¿Y tú qué tal, Juan?

Pues no te lo vas a creer,

aquí en la parroquia,

a los plantas de la Señora,

Para empezar a pregonar.

Ya te tocaba ¿no es cierto?

Eso me dicen...eso dicen,

Cuánto te hiciste de rogar...

Oye hermano, confírmame ¿es cierto lo que durante quinientos años, ha susurrado la tierra, que la Virgen María, la Reina del cielo, es igual de hermosa que nuestra Virgen de la Soledad?

Mira Juan, si preciosa y divina está en la parroquia,  
aquí, junto al Padre Celestial, está espectacular.

Bueno hermano, te debo dejar,  
pues me espera nuestro pueblo,  
para empezar a pregonar.

Hasta pronto Juan,  
no te entretengo más.

¡Oye! pero no me esperes tan pronto,  
que anhelo demorarme un poco más,  
para seguir viendo algunos viernes santo,  
el Santo Sepulcro pasar,  
y bajo palio,  
a nuestra Virgen de la Soledad.

Ah, por cierto hermano,  
no se me vaya a olvidar,  
desde aquí te envío besos,  
para que a papá y a mamá.  
puedas entregar.

Y pasaron los días,  
pasaron los años,  
y pasaron los siglos,  
y aquí estás frente a mí,  
Soledad, aquí estás.

Cuantas noches de insomnio,  
cuantas palabras perdidas en el aire,  
cuántos afanes y dudas me han costado,  
al intentar nombrarte.

Pero esta noche ante tu presencia,  
y ante el saludo de tu sonrisa,  
todo se desvanece,  
todo se olvida,  
dejando solo el eco de tu esencia.

Discúlpame Madre,  
ya sabes que solo soy un humilde historiador,  
narrador de arte y torpe poeta,  
por eso me siento aturdido al expresar,  
todo lo que mi corazón siente,  
cuando te contemplo en tu altar,  
y solo acierto a llenar mi boca con tu nombre,  
Nuestra Señora de la Soledad.

Pues el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como las siente él; el historiador las ha de escribir, no como cree que debían ser, sino como realmente fueron, sin añadir ni quitar cosa alguna, porque contra los hechos de la historia, no valen argumentos.

Señor Don Alfonso José Filiberto del Castillo, párroco y director espiritual de la parroquia de Santiago Apóstol y Purísima Concepción, desde el año 2022.

Señora Doña Ángeles Rodríguez Adorna, 1ª Teniente de Alcaldesa de Castilleja de la Cuesta desde el 15 de mayo de 2025.

Hermano Mayor y oficiales de la Junta de Gobierno de nuestra:

Pontificia, Real, Ilustre y Fervorosa Hermandad Sacramental de Santiago Apóstol, patrón y primitiva devoción cristiana de Castilleja desde 1370, Santa Vera Cruz, fundada en el hospital del Corpus Cristi en el siglo XV, y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de los Remedios, el Dios de los Sermones hecho hombre, y Nuestra Señora de la Soledad, la virgen de Castilleja, coronada por los respectivos Decretos Canónicos, otorgados en Roma por S.S, el Papa Francisco, y en Sevilla, por el Señor Arzobispo D. Juan José Asenjo Pelegrina, el día 18 de junio de 2016.

Miembros de la Corporación municipal.

Miembros de hermandades asistentes al acto, Hermanos Mayores y Pregoneros anteriores, colectivos de mi hermandad, familiares y amigos todos.

Buenas noches

Gracias Ana, por el tiempo empleado en prologar mi pregón, mi gratitud es tan profunda y absoluta, que, incluso intentando plasmarla ahora, siento que las palabras se me quedan cortas para expresar lo que han significado para mí.

Gracias, pues tus palabras en el prólogo han sido el mejor preludio para este pregón; gracias por saber leer mi alma y plasmarla con tanta maestría.

Gracias, no solo por tus cariñosas e inmerecidas palabras, no por ello menos agradecidas, que me has dedicado, sino porque me consta, que en buena medida, tu afecto hacia mi persona y tu insistencia hicieron posible mi designación.

Quiero que sepas que nunca olvidaré esas bonitas palabras que me dedicaste, cuando mi voz fue ungida para ser vuestro pregonero aquella misma noche, tras la designación de nuestro nuevo Hermano Mayor

¡Mira Juan, esta vez es la Historia la que te espera a ti!

Desde entonces no he dejado de temblar.

¿Sabes Ana? Tienes el mismo nombre que el de la madre de Nuestra Señora de la Soledad, Santa Ana, la que en sagrados instantes, enseñaba a su Niña a leer y escribir, mientras Velázquez, Valdés Leal y Zurbarán, las pintaban al alba con destellos de luz, con la maestría de quienes supieron ver el cielo solo en la paleta sevillana.

Gracias Ana, mil gracias.

Esta noche me presento ante vosotros, como un pregonero más en su permanente combate solitario.

He pasado más de medio siglo, mirando el mundo desde el lugar donde siempre quise estar, en Castilleja de la Cuesta, mi pueblo, donde empecé a soñar, acompañado por mi familia, amigos y mis imágenes titulares, nuestro patrón Santiago, nuestra Santa Vera Cruz, mi Cristo de los Remedios y mi Virgen de la Soledad.

Mi infancia, permanece en la memoria con recuerdos de un pueblo y una Plaza, de arcos mudéjares que susurraban fragmentos de historia, hasta donde la memoria alcanza.

Son recuerdos de una torre bajo cuya sombra nací, de vieja arquitectura musulmana y de proporción armoniosa, que cuando conoció a Santiago, se tornó cristiana. Y de una pila bautismal verde vidriada de traza italiana, testigo de mi bautizo, un sábado de septiembre por la mañana.

Mi infancia son experiencias vividas en la parroquia de mi corazón, adornada con escenas bíblicas bajo bóvedas de ilusión, donde niñas vestidas de blanco y niños de marineros, recibimos la Primera Comunión.

Mi infancia son imágenes de un retablo cerámico frente a mi casa, donde angelitos me despertaban cada mañana, riendo y jugando a los pies de una Inmaculada.

Son recuerdos de un palacio ducal, de imponente portada renacentista y señorial, donde dos leones rampantes se postraban ante la Señora, cada viernes Santo por la tarde, para verla pasar.

Mi infancia son momentos de mañanas de sábados, de pueblo vivo, de bullicio de mercado. Un crisol de aromas y voces: donde convivían, una panadería, una pescadería, una frutería, una fábrica de tortas, una tienda de

ultramarinos, una zapatería, un modesto puestecito, y los bares, con sus caracoles, ensaladilla, y vino dulce, todo un canto a la vida. Y una carnicería, ¡Verdad Hermano mayor! en la que siempre llamó mi atención, una estampa en blanco y negro, del sereno Jesús de la Pasión.

Son imágenes de un palio de terciopelo, un lienzo carmesí con diseño de autor, donde el oro hilvanaba sueños y promesas, que cobraba vida puntada tras puntada, respirando el aire puro de Cortegana.

Son recuerdos de una enigmática figurita de Cuquilá, traída desde México por manos franciscanas, para depositarla en las Jornaditas en el portal, donde ángeles infantiles no se podían resistir, al ver a la Sagrada Familia, envuelta de hermosura y majestad.

Mi infancia son momentos junto a un simpecado trianero en su carreta plateá, cargaito de juncia y romero, que galano se paseaba con el alma de un pueblo para presentarse ante mi hermandad.

Son olores que recordaré toda mi eternidad, un horno de leña y un pan recién hecho de verdad, magdalenas, y bizcochos, tortas de aceite y almendrá, pestiños, mantecados y mantas reliá, olores a lentisco marismeños en Navidad, y pavías y merengues blancos, cada noche durante la velá.

Mi infancia son memorias de clavellinas blancas y colorá, que la noche de Santiago, con sus faroles, alumbraban el simpecado de Nuestra Señora de la Soledad.

Mi infancia, son la partitura infinita de mis primeros años, la banda sonora que aún resuenan en los pliegues del recuerdo:

. El de un coro angelical en las Jornaditas por Navidad: ¡Ay esa pandereta con cascabeles que no la puedo olvidar!

. De saeteros valientes cantado saetas y fandangos a mi virgen de la Soledad.

. De campanilleros cantando en la madrugada en las noches de invierno y en la Gran Velá.

. Y de sevillanas, compartidas de abuelas a nietas, dedicadas a mi Virgen de Castilleja, Nuestra de la Soledad.

Fragmentos de las primeras hojas de mi pentagrama, entrelazadas con las melodías que el destino aún no ha escrito.

Aún, en la quietud de mis noches, la infancia me susurra en sueños. Es un juego perpetuo en aquella plaza de antaño, donde los arcos centenarios, galantes y pacientes, de risas y carreras, se convertían en un arbol de vida con el arte llamando a mi ventana. Un tibio regazo que emanaba la esencia del padre y la madre, un nido seguro, en esta tierra bendita de sol radiante y naranjos encendidos. Aún hoy, sueño con mi niñez jugando en aquella plaza.

Y así, poco a poco, las estaciones se sucedieron deshojando calendarios como si fueran pétalos marchitos al viento. Mas debo confesar que el tiempo, con sus plateadas nieves poblando mi sien y tejiendo surcos en mi piel, jamás logró apagar la bendita ilusión de pronunciar tu nombre desde el primer instante que Te conocí, Soledad.

Pero nada se detiene en este baile perpetuo de luces y sombras, porque la vida siempre encuentra un nuevo renglón, y bajo el peso de los siglos, la Historia continúa, escribiéndose con el aliento de quienes se atreven a soñar, con la certeza de que el viaje, es infinito.

Corría el año 1370 cuando los caballeros de Santiago, tras recibir el privilegio real de la Carta Puebla en los fastuosos Reales Alcázares de Sevilla, partieron con premura hacia el Aljarafe, dispuestos a señorear aquel territorio que el monarca les entregaba en recompensa por su lealtad.

Ya de camino hacia el territorio concedido, bajo el palio de la luna que aún gobernaba el firmamento proyectando su luz sobre las torres de la ciudad, la comitiva liderada por el maestre Mexía ascendía silenciosa por las fértiles laderas que les abrían paso hacia la tierra concedida, desplegándose ante ellos un tapiz de penumbra y argenta, una estampa de huertos donde las higueras ofrecían su fruto, los olivos se mecían en un baile lento con el viento, y las vides cargadas de oro, anunciaban la abundancia que estaba por venir.

A su llegada, y dejando a un lado la Mitación de Tomares, ya el cielo estaba azul, transparente, escenario único que solo el genio de Murillo sabría plasmar siglos después, aplicando delicadas pinceladas en sus lienzos de divina pureza.

La narrativa histórica documenta, que fue entonces, cuando las piedras cobraron la forma de arco; un gesto pétreo, símbolo permanente de la autoridad que las órdenes militares marcando la tierra, habían hecho suya, un reconocimiento tangible de la devoción inicial a Santiago Apóstol, grabada a fuego y tinta en la Primera Carta Puebla de la constitución de su pueblo, a las que se sumaron otras devociones, a lo largo del tiempo.

A partir de entonces, un murmullo de vida nueva despertó en la tierra. Desde los confines de Hispania, llegaron almas errantes portadoras de sueños y raíces, dispuestos a sembrar futuro en este suelo, tejiendo con sus pasos el destino de Castilleja de Santiago.

Con el devenir del tiempo, cuando el siglo XV mediaba su curso, Castilleja vio nacer, en la calle de Enmedio la fundación de un hospital humilde; floreciendo bajo sus muros, su primera devoción penitencial, la Santa Vera Cruz, bajo la tutela de la Primitiva y Sacramental de Santiago. Una hermandad primigenia que comenzó a bordar, con el oro de la fe y el lino del tiempo, el tapiz sagrado de nuestra propia existencia.

Mas, dejando a un lado las brumas de la especulación y anclando los hechos en su justo lugar, un siglo después, en el año de 1567, la parroquia matriz se convirtió en cuna y refugio, alumbrando entre sus muros la devoción al Santo Entierro de Nuestro Señor Jesucristo y a Nuestra Señora de la Soledad; una luz nueva, que desde entonces guiaría el caminar de su pueblo.

Y así, con el inexorable discurrir del tiempo, aquellas dos almas, Vera Cruz y Soledad, se fundieron en 1795 en una sola, adquiriendo desde entonces la venerable antigüedad.

Y finalmente se cumplió el designio, quedando todo escrito en el libro de los amores que nunca mueren.

Y fue en el velo de la aurora, al despuntar las primeras luces de aquel año de gracia de mil quinientos sesenta y siete, y cuando el bronce de las campanas dictaban su nombre al viento, emergió Ella, Nuestra Señora de la Soledad, abrazada por la caricia de la brisa, tras ser esculpida por los ángeles a la luz de la mañana, increíblemente hermosa y de gracia plena, fundiéndose en el abrazo de su pueblo, el lugar que el cielo le había reservado que la esperaba con el corazón abierto, mientras Céfiro y Eolo tejían rimas de incienso para envolver la llegada de la Reina.

No era solo una imagen, era la Virgen de la Soledad, la que fue soñada desde antiguo, que venía a poblar nuestros vacíos, alegre, dulce, seria y cercana, para iluminar la página en blanco donde estaba a punto de escribirse una devoción eterna y soberana.

Y desde ese mismo instante, te convertirías en la promesa soñada, la que llegó con las manos dulces a rescatar nuestras soledades y a encender la primera palabra de una entrega sagrada, transformando nuestros vacíos en el principio de un siempre a tu lado; y desde ese mismo instante Castilleja, cuando cae la noche, se mira en el espejo donde se reflejan sus sentimientos más sagrados y más profundos.

La creación divina que regaló Dios a Castilleja,

ungida de belleza, gracia, y armonía,

que con perfil de soberana,

había llegado para quedarse,

aquella sublime mañana.

Dicen que fue la hermosura,

con su imagen de amor perpetua,

acompañada de Santiago Apóstol,

para bendecir y habitar nuestra tierra.

Dicen que bajó la gloria,

entre las grietas del tiempo,

queriendo al mundo entregarse,

para habitar el silencio.

Dicen que bajó la gracia,  
para habitar el olvido,  
tejiendo la luz en sombra,  
y en lo eterno su latido.

Dicen que bajó la creación divina hecha arte,  
para iluminar los ojos de quien la mirase.

Soledad,  
¡Qué nombre para una Reina,  
cuyo Palacio es el aire  
y su trono las estrellas!  
Nuestra Señora de la Soledad.

La creación divina que regaló Dios a Castilleja,  
definitivamente había llegado aquella mañana,  
para quedarse.

Así, más que una leyenda de un día concreto, la llegada de la Soledad a su pueblo es un hecho que se repite en el tiempo. Llegó la elegancia a su pueblo con su entornada y enigmática mirada, presagiando ya sus cinco

siglos de historia y de unción sagrada, cualidades que a la Señora de Castilleja le sobran.

A partir de ese día los serafines, con la lealtad grabada en cada paso alado, acudieron presurosos a la parroquia de Santiago, hogar sagrado donde anida nuestra fe compartida.

Se cuenta, que cada noche, mientras las estrellas ensayaban para jugar con su mirada, en los jardines de las centenarias haciendas: La Sagrada Familia, Santa Bárbara, San Pablo, Monteflorido, la Pintá..., se elevaban los cantos y las risas de ángeles con la más pura devoción, mientras sus manos cortaban rosas, alhelíes, calas y jazmines, para postrarse bajo sus plantas en la capilla sacramental y adornarla con delicadas flores convertidas en piropos, todo un jardín de amor y de plegarias, en la nave de la Epístola en su capilla del Sagrario.

Sueños de jardines, donde la noche se vuelve verso, para recitar a su Reina.

Y allí, bajo la penumbra del Sagrario, donde el tiempo parece detenerse ante la profundidad de su mirada, la Virgen de la Soledad se erigía como faro de serenidad y dolor contenido; siendo allí, cuando el pueblo se enamoró de Ella.

¿Sabéis? Aún en mi vida hay cosas que no sabría explicar, que perviven en los rincones de mi existencia, misterios que la razón no alcanza a descifrar.

Sin embargo, bajo el amparo de esta noche, frente a vuestra presencia y con el alma al desnudo, abriendo el cofre de mis silencios, me dispongo a narrar.

Hablo de esa luz de paz divina que emana de mi virgen, cuando en la penumbra del Sagrario, custodia al Santísimo Sacramento en su altar,

manifestándose con su expresión más divina, la gloria que solo en el cielo se puede soñar.

. Siendo allí, cuando mis ojos la miran como las de un niño perdido que a su Madre encuentra.

. Siendo allí, cuando Ella te habla sin voz, te narra sin labios y te dice callando.

. Y es allí, en ese instante, cuando mi ser se desmorona, debatiéndose entre un respetuoso silencio compartido que todo lo confiesa, o el vuelo de una ferviente promesa.

. Y es allí, en el Sagrario, donde no sé si saltar de júbilo ante su presencia, o buscar la calma donde habita el misterio, o dejar que mi alma estalle en mil fragmentos de vida.

. Y es allí, donde el rostro de la Soledad se manifiesta como el lienzo cromático donde Castilleja pinta sus emociones más profundas, con una paleta de luz, misterio y devoción.

. Siendo allí finalmente, cuando su semblante se transfigure en el cofre Sagrado, donde se custodian todo los colores de los pétalos de las rosas.

### **Y hablando de colores...**

¿Con qué color identificarías esa cara fina y serena que hacen única a Nuestra Señora de la Soledad? ¿De qué color, complicado verdad?

Pues ni el cielo más profundo, ni el sol al atardecer tienen el tono exacto de Su piel.

El color de su rostro no es solo uno, sino el matiz inalcanzable del horizonte, oro viejo y bronce, color de piel morena, acariciada por el sol, de una eterna primavera.

El color de su semblante es el transparente de la fe, con el tono de la misericordia: donde la luz descansa con la misma solidez que en la luna llena.

¿De qué color es esa cara serena?

En la serenidad del Viernes Santo, color de la pasión, el negro y rojo, del amor encendido y del dolor contenido, que se asoma en sus labios entreabiertos y en el terciopelo de las túnicas bordadas en el tiempo.

Porque en la quietud del alba, cuando el mundo es aún un boceto en blanco y negro, aparece Ella con la esencia misma de su ser, como el blanco de las azucenas, como si un lucero se hubiera quedado a dormir para siempre en sus mejillas serenas.

Porque su color es el secreto del anochecer, calidez de dulce canela, curtida por soles antiguos y risas guardadas en el viento: el brillo exacto del caramelo cocido a fuego lento.

¿De qué color? ¿De qué color es esa cara?

Si bajo la tenue luz de las velas, su piel adquiere matices de arena cristalina, cual destello de profunda ternura, adquiriendo matices de perla fina.

Cada línea de expresión, cada suave curva de sus pómulos, parecen trazadas con un pincel mojado en néctar de ámbar. Sus facciones son el

punto exacto donde el azúcar se vuelve dorado y profundo, una promesa de dulzura que despierta los sentidos, como el de una madre que acuna la esperanza del mundo del niño dormido.

En conjunto, el rostro de la Soledad, es el de una mujer que es cielo y tierra, es una amalgama de luz y sombra, un crisol de la fe, donde cada color se funde, para formar la inigualable guapura soberana.

Porque fue Ella desde su creación, quien con su dulce mirada, puso y pondrá los colores en el tiempo, sumergiéndonos con suavidad en la calma infinita del universo, porque en su semblante, la belleza no es sólo forma, sino un silencio que pesa y nos emociona.

La mirada de Nuestra Señora de la Soledad,  
escribe la historia que los labios callan,  
una luz antigua y serena,  
que en mi pecho se aposenta,  
de color castaño,  
como el brillo de la madera,  
revelándose solo,  
a quién con el alma se acerca.

En sus ojos se dibuja,  
la esperanza inquebrantable,  
incluso al pie de la cruz,  
donde supo guardar la palabra y la verdad,  
de su hijo Jesús.

Cuando ante su presencia nos postramos,  
Ella siempre nos observa el corazón,  
porque el corazón es el cofre del alma,  
pues las caras mienten, pero el alma no.

Porque las miradas sinceras no piden permiso,  
se instalan en nuestro interior,  
tras irrumpir sin aviso.

Desde entonces, y hasta el día de hoy, cada Viernes Santo se convertiría en el día más grande de Castilleja, poseyendo por derecho propio, un lugar destacado en el corazón de todos los placeños.

Así pues, desde la llegada de la Virgen de la Soledad al Señorío Antiguo, territorio que desde siempre fue este pueblo, marcaría un antes y un después, un ayer de espera y un hoy de gozosa presencia.

Nuestra Madre de Dios de la Soledad, se revelaba como punto de partida, para poder interpretar adecuadamente, el devenir de nuestro pueblo, convirtiéndose en estandarte y seña de identidad en nuestras vidas. Así, pues, y definitivamente con Ella, quedaba inaugurada la Semana Santa en Castilleja.

A través de los siglos Soledad, te cantaron trovadores, te recitaron poemas, y te escribieron historiadores, ofreciéndote coplas historias y poemas de mil amores, convirtiendo tu semblante moreno, en la más dulce de las letanías, en las que la prosa se vuelve oración, y la oración, poesía:

Escribir una letanía: es habitar la espera: cuando fuiste proclamada, Sagrario de Luz primera.

Escribir una letanía: Es reconocer que una sola palabra no basta para nombrar la inmensidad de tu hijo Jesús de los Remedios.

Escribir una letanía: Es señalar el camino que nos llevas hacia tu hijo, el Sagrado Corazón de Jesús.

Escribir una letanía: es el reflejo celestial, un espejo de justicia, predilecta donde todas se miran.

Escribir una letanía: es tu proclamación como protectora de fortalezas inexpugnables como la Torre de David y el alminar de Santiago donde habita lo sagrado.

Escribir una letanía: es describir una Estrella de claridad plena, que anuncia el Sol de justicia, e ilumina nuestras soledades cada mañana.

Escribir una letanía: es reescribir el libro que nunca se cierra, la canción que siempre vuelve, el sueño del que nunca se despierta.

Y escribir una letanía: es el dictado para la salud de los enfermos, consuelo y piedad, tierna maternidad, bálsamo en la herida de los niños heridos y enfermos, en las epidemias y en las malditas guerras.

Te elevas, Soledad prudentísima, con la sabiduría de las estrellas, con la dignidad del cielo, Soledad poderosa, fuerza en la debilidad, Soledad clemente, Soledad fiel, promesa cumplida.

¡Reina del Santo Rosario, ruega por nosotros¡

Y pasaron los días,

pasaron los años,

y pasaron los siglos,

Y Tú, siempre con nosotros,

Santísimo Cristo de los Remedios,

el alfa y el omega,

el principio y el fin.

En el fluir constante de la vida, todos guardamos un viejo reloj anclado en nuestra memoria, un director de orquesta invisible, que llevamos dentro. Es el cronista que no solo marca el tiempo, sino también el guardián de los inviernos y veranos del corazón, aquel que atesora en su cofre de luz, cada suspiro de dicha y cada lágrima de ayer.

Pero ¡Tened esperanza! Sonríe sí, a través de las lágrimas que empañan el presente, y recuerda que todo siempre sucede por una razón; que cada instante se rige por la voluntad, y por el designio certero de Jesús de los Remedios, el hijo de Dios encarnado, cuya misericordia hilvana el atlas de nuestro tiempo.

Todo empezó en arcángel y azucena...

Y tanto amó Dios a Castilleja, que nos entregó a su único hijo, Jesús de los Remedios.

A comienzos del siglo XVIII, en 1703 y sin previo aviso, a Castilleja de la Cuesta retornó el otoño, con su espléndido cortejo de amarillos, malvas y rojos, mostrando como siempre, las últimas y más bellas sonrisas del año.

En el ocaso de una tarde serena, cuando el sol se rendía a las sombras, un eco de voces lejanas rompió el silencio. Eran los hermanos de Santiago, los de la Plaza, peregrinos en la fe, que a la antigua Sevilla marchaban. Llevaban consigo el sueño de un pueblo, la promesa de completar su firmamento con el último lucero que a Castilleja le faltaba.

Allí, bajo la luz del atardecer sevillano, buscaron al maestro Marcelino Roldán, depositando en sus manos la esperanza de su creación más divina, el Santísimo Cristo de los Remedios, siendo su madre Soledad, quien posándose sobre sus manos, guiase su gubia desde que lo empezase a tallar, dictando al corazón del artista cómo tratar la madera para convertirla en paz y en luz divina.

¿De qué quiere Usted la imagen?

Preguntó el imaginero:

Tenemos tallas de pino,  
hay imágenes de caoba, barro, marfil...

Depende de quién la encargue,

pues la Hermandad Sacramental de Santiago,

la de los arcos de Castilleja, la de Plaza.

Déjeme pues, que le explique:

Lo que de verdad deseamos,  
es una imagen de Jesús el Nazareno.

Con el rostro macilento,  
con los labios cerrados,  
aunque no apretados,  
y una pequeña barba, partida en dos.

La imagen de un Hombre sepultado,  
que no refleje desilusión,  
intentando un mundo nuevo,  
que transforme las conciencias  
y cambie los pensamientos.

Queremos una imagen,  
en la que se refleje la eternidad,  
que ilumine el corazón y el alma,  
de quien lo mire.

Y que tras su crucifixión y su tormento,  
den ganas de abrazarlo.

Ni quién con ojos de artista  
solo contemple algo nuevo,  
ante el que exclame admirado  
¡Qué torturado más bello!

Pero perdónenme si les pido un solo favor,  
respondió el imaginero:  
que una vez devuelto,  
cada noche de Viernes Santo,  
a su capilla del Santo Entierro,  
salgáis a buscarlo en las calles,  
de vuestra bella población,  
como así lo mandara Dios.

Entre las gentes sin techo,  
en hospicios y hospitales,  
en los centros de acogida,  
en el pueblo marginado,  
entre los niños hambrientos,  
en mujeres lastimadas,  
y en personas sin empleo,  
que naufragan en la indiferencia.

¡Pero recordad, que tan solo os he pedido un favor,  
que una vez depositado el Santísimo Cristo,  
en su capilla del Santo Entierro,  
salgáis a buscarlo por las calles,  
como dictan los evangelios,  
de vuestro bendito pueblo.

A su llegada a la parroquia, la tarde se oscurecía entre las dos y las tres, que viendo que el hijo de Dios se muere, se vistió de luto el sol, mientras las nubes se acurrucaban sobre pájaros desolados ¿Dónde quedaron los cantos de la primavera?

A partir de entonces, el verbo hecho carne, llegó para vivir, morir y resucitar entre nosotros.

¡Bendito el momento en que Castilleja de la Cuesta te vio!

¡Bendito el momento!

Al filo de la noche del Jueves de Pasión, cuando el silencio se adueña del templo y el aroma a cera y cuando la devoción inunda el aire, el tiempo parece detenerse para asistir al misterio. Es el momento en que el Santísimo Cristo de los Remedios, tras su solemne Vía Crucis, abandona la cercanía de su pueblo para elevarse hacia su urna de madera tallada.

En ese ascenso solemne, cuando el Credo se convierte en el único rincón donde mi fe no necesita explicaciones, el pulso de los fieles se contiene mientras la imagen sagrada comienza a ganar altura, acariciada mano con mano por sus servidores. Cada centímetro que sube es un suspiro que se escapa, una oración que vuela hacia su rostro sereno.

Bajo la mirada atenta de su Madre de la Soledad, el Cristo parece flotar, ascendiendo no solo hacia el paso, sino hacia el corazón mismo de un pueblo que aguarda su bendición.

Una vez arriba, entronizado en su catafalco celestial, la luz de los cirios empiezan a dibujar sombras de eternidad sobre su cuerpo llagado. Allí, en la penumbra del templo, el Cordero de Dios queda dispuesto para su salida,

recordándonos que hace trescientos veintitrés años que este pueblo susurra su nombre y que, bajo el amparo de la Soledad, Castilleja entera se rinde ante la divinidad de su presencia.

Permitidme desvelar, seguidamente, como quien descubre el velo de un dosel, retazos de curiosidades y vivencias que han bordado el tapiz de mi existencia.

En el amplio campo de la escultura, hay pocas imágenes que aúnen con tal maestría lo humano y lo divino como la de nuestro Cristo de los Remedios. Tan humano y tan cercano lo concibió la fe, que hasta le falta una falange en el dedo mayor de su poderoso pie izquierdo; un detalle que nos recuerda, en su perfecta imperfección, que si Dios creó al hombre a imagen suya, a imagen de Dios, en su más tierna realidad, lo creó.

En la efímera danza de la vida, no siempre se tiene la dicha de formar parte de una comisión para la restauración de tus Imágenes Titulares, pero en mi caso, no fue solo una, sino tres, la de Nuestro Patrón Santiago, Nuestro Santísimo Cristo de los Remedios y Nuestra Señora de la Soledad.

Una noche de noviembre del año 1984, en nuestra casa de hermandad, y durante el proceso de restauración, yacía nuestro Cristo velado por el manto del tiempo, como si la muerte fuera solo una pausa, un descanso momentáneo antes de su gloria, con sudario de polvo y olvido, de barnices oscurecidos que velaban la divina policromía.

Sus llagas, antaño vivas en el dolor del sacrificio, se habían tornado borrosas, cicatrices opacas en la madera que el arte cinceló con piedad.

Llegó entonces la mano del restaurador, no con la audacia del creador, sino con la humildad de quién descalza sus pies ante lo sagrado. Una labor de amor, un susurro de espátulas y algodones, que buscaban no inventar, sino

recordar; no añadir, sino liberar la verdad oculta bajo las capas de los siglos.

Se retiraron los repintes, como quien quita las espinas una a una, para que el rostro del Redentor volviera a respirar la luz original, con la que el maestro imaginero Marcelino, hijo de Pedro Roldán, lo concibió aquel año de 1703.

Fue entonces, durante aquella gélida noche, cuando ante el notario y el silencio, asistimos a la apertura de una pieza desprendida de su derrotada espalda, anhelando encontrar entre las grietas, la evidencia incontestable de la firma de su hechura.

Al abrirse, un intenso e inolvidable aroma invadió el espacio, provocando una extraña sensación, como si algún desconocido, durante breves instantes, hubiese estado con los allí presentes. En aquellos momentos, el arte dejó de ser intocable para volverse humano. Momentos íntimos que se te clavan en el alma. Cosas que ocurren, que no tienen explicación.

Cuenta la Historia,  
que nunca existió tanta distancia,  
como durante aquellos días,  
entre una Madre y su Hijo.

Nunca estuvo tan sola nuestra Soledad,  
mientras avanzaba el tiempo en el reloj del cielo,  
con paso firme y sereno,  
aguardando el instante del anhelo.

Pero Ella esperó paciente,  
con la certeza del momento del reencuentro,  
confiando que ningún camino es tan largo,  
como para no terminar en el refugio de sus brazos.  
Pues fue en Ella donde el amor del amor nació,  
en su regazo materno,  
con la certeza de que pronto se produciría,  
el dulce encuentro.

En el ocaso de cada Viernes Santo, al filo de la madrugada, cuando el cansancio se vuelve mística y el aire se impregna de un frío sagrado, el Santísimo Cristo de los Remedios inicia el camino de retorno a su templo. El paso, que horas antes partió con el ímpetu de la luz, regresa ahora con un rachear más lento, más íntimo, como si los costaleros no quisieran despertar al Señor de su dulce sueño.

Castilleja de la Cuesta, una de la madrugada, ya, Sábado Santo, hace su aparición el sonido ensordecedor del silencio; enlutado cielo, brisa en el aire, frío en el alma, doblan las campanas, se vuelven a rasgar las puertas del templo.

Emprenden su entrada, hileras de nazarenos de terciopelo negro, con roja cruz en el antifaz, la de Santiago, cuyo hábito es el que sella la diferencia en el tiempo, hechos que simplemente son y no pueden ser de otra manera, por propio derecho.

Silencio, pasito a paso, que entra mi Cristo de los Remedios, que en medio de la noche se pierde, con las velas deformadas por el sonido de la muerte reflejando ya, la paz en su frente.

Y en la lejanía, susurros junto a su Madre, la Reina, que por su arco, entre velos de incienso y plegarias, se acerca. Pero antes de verla, se la escucha, pues el palio de la Soledad habla siempre con el sonido de sus varaes y su compás.

Negra noche de silencio llevando el cuerpo sin vida, de un hombre con alma de Dios. Tinieblas cubren el aire, y los ángeles lloran con tan amargo dolor que los cielos y la tierra conocen, la muerte del hijo de Dios. ¿Encontráis una pena que a esto iguale?

Se llora en silencio porque el Santo Entierro de su Cristo, está presente. Sudario de pasión. Amor herido. Amor Yacente.

Yacente ya, sobre el mármoleo suelo, bañada en sangre, muda, imponente y sola, quedó la Santa Vera Cruz en el Calvario.

¿Quién ideó esa cruceta tan sublime Señor, y quién de forma tan austera, que con dos sencillos trozos de madera, levantó ese soporte de muerte, dime?

La cruz, la Santa Vera Cruz, a la que Jesús se entregó hecho hombre, a una muerte que estaba escrita; cuerpo desplomado sobre el regazo de una madre, memoria de los que se han marchado y hoy están junto al Padre.

La cruz, la Santa Vera Cruz, ejemplo de benditas misericordias, emblema de cinco llagas franciscanas, de cinco rosas de pasión deshojadas, de árbol santo arrancado, que por su seca corteza ya sin sabía, acoge la sangre derramada sobre el centenario sepulcro del Cristo de los Remedios.

Todo acontece en la languidez de la primavera, en el recogimiento de cada tarde de viernes Santo, en el corazón de Castilleja.

Cuando entres en la parroquia, tras visitar el Sagrario, dirígete a la nave del Evangelio para acercarte a la capilla del Santo Entierro, donde se encuentra el sepulcro convertido en púlpito de la historia sagrada del Cristo de los Remedios, en el que la esperanza y la desolación se miran a los ojos, acércate y detente por un instante, y con ojos de niño sorprendido, presencia el cuerpo de Cristo malherido.

Detente sin prisas, por un solo instante, ante Jesús de los Remedios, el Dios que interviene en nuestras vidas, míralo bien y aprende quién es Jesús:

Poned atención a ese cuerpo desnudo e inerte, que aún transpira el perfume del ungüento, fijaos bien en ese rostro sereno, como un lirio agostado por la muerte, apreciad bien esa oculta tristeza que se advierte en su boca sumida sin aliento, y en esos ojos que aguardan el momento que un alba los despierte...

Aún tiene luz, despide luz,  
aún la tiene.

Y esa mano, y esa mano que muerta,  
más no del todo fría,  
levemente entreabierta,  
bendice todavía,  
porque cuando todo tiembla,  
Cristo permanece.

Pues hombre,  
que el hombre mata,  
nunca muere.

Cuando entres y te presentes ante Él, cuéntale tus problemas, y el peso de tus dudas, pues cuando le pides, en su divina misericordia, él te ofrecerá la solución, entregándote una epístola directa al alma, encabezada por la más dulce y poderosa oración:

Ego Sum Lux Mundi, Yo soy la Luz del Mundo.

¡Tú puedes, no temas, yo estoy y estaré contigo!

El Buen Pastor, nos ofrece realidades, no falsas seguridades, su fe es justicia, amor, sinceridad, evitando que nos pese cada vez más, nuestro endurecido corazón. Él nos otorga los remedios para nuestras soledades, faro ante nuestras oscuridades y ancla que nos sujeta a nuestras realidades.

¿Quién sino Tú, cuida de nuestras vidas, nos das fuerza para alzar la mirada ante tanta miseria? ¿Quién sino Tú, Padre Eterno?

Porque mi Cristo,  
nuestro Cristo de los Remedios,  
despojado de la tensión del martirio,  
parece dormir un plácido sueño,  
como si la muerte fuera solo una pausa,  
un descanso momentáneo antes de la Gloria.

Porque el Hijo de Dios en Castilleja,  
sobre la muerte se levanta,  
sobre la vida se incorpora,

mientras la muerte derrotada llora,  
mientras la vida vencedora canta.

Y no llores, Soledad, que no hay muerte; que Cristo solo duerme, como en Belén, como en las Jornaditas, cuando el Niño Dios te miraba a los ojos y te hacía llorar...

Porque no puede haber Pasión y Muerte de Cristo sin la Gloria de su Resurrección, porque Tú eres el Señor de la Vida.

Y su Madre esperó la promesa de un nuevo despertar, con la ternura de quien ama sin medida, con la mirada baja y el corazón abierto, y con esa paciencia infinita, como solo las madres saben esperar.

El Cristo de los Remedios, vigía que susurra en el alma silente de nuestra existencia, se convertiría en la luz que otorga sentido al navegar de nuestra vida. Es el Señor de Bulas y los Sermones, que el tiempo ha cincelado en ocre pergaminos:

Como aquella gracia proclamada en 1870, cuando el obispo Don José María de Urquinaona abrió las puertas del cielo, a quien elevase una plegaria o asistiese a los cultos celebrados en honor de Nuestro Cristo de los Remedios.

Padre Nuestro, raíz y cimiento que habitas en Castilleja, piedra angular que sostienes nuestras almas, eres el Cristo de los sermones narrados y guardados en el tiempo, como aquel que Blanco White capturó en sus Cartas de España, testigo mudo del Sermón del Descendimiento, cuyo rito sagrado, año tras año, se celebraba ante la fachada de la desaparecida capilla de la Santísima Trinidad, ubicada junto a mi casa.

Que los ojos entornados por el martirio del Hijo de María, sean los testigos de nuestro existir, el espejo de nuestra alma, que cuando queramos, le queramos a Él, que cuando abracemos, le abracemos a Él, y que cuando nos tengamos que ir, nos esté esperando en su Reino.

Gracias Señor por cuanto me habéis ofrecido,

¿Qué más os puedo pedir?

Si me ofreciste a la mujer de mi vida, dándote gracias cada día por poner a mi lado a una criatura como ella.

Es el pilar que sostiene a todos los suyos, faro que guía a nuestros chavales, convertidos ya en hombres, Juan Pablo y José María, a quienes desde aquí les quiero recordar, que el amor de una madre siempre está presente, porque ella nunca nos olvida.

No conozco a persona que se entregue tanto a los demás. Tiene todas las cualidades posibles, hasta la de no ver nunca lo malo cuando le llega, ni lo feo cuando se lo hacen.

Y cuando sus labios dibujan una sonrisa, vuelvo a enamorarme una vez más, como cuando la conocí camino de la Universidad, en un pequeño Renault blanco.

Nunca es mal momento para recordármelo, recordárselo y proclamarlo a los cuatro vientos.

Gracias Señor por cuanto me habéis ofrecido, gracias por existir en nuestras vidas.

¿Qué más podría mi corazón pedir?

Y en la lejanía, presidiendo la madrugada, susurros junto a su Madre, que por la calle Convento se acerca...

La llegada de la Virgen de la Soledad a su arco el Viernes Santo es un momento cumbre y profundamente emotivo de la Semana Santa de Castilleja, que trasciende lo humano para rozar lo divino, donde la noche contiene el aliento, transformándose cada cirio en un verso ardiente de poema infinito.

En medio del dolor de la Pasión, del sacrificio supremo y del peso de la cruz, un clamor de esperanza se abre paso en la certeza de un alba, que ya se adivina eterna.

El arco, coronado por sus cinco castilletes, convertidos en emblemas de una devoción que no conoce el olvido, se erige sobre el cauce del tiempo convertido en centinela de piedra y luz; siendo allí, y en ese mismo momento, cuando el sentimiento se desborde entre vítores y lágrimas cuando lo cruce triunfante refulgente y arrolladora, su Virgen, el alma de su pueblo, su creación divina.

¡Pero qué bien te sienta ese arco, Soledad. Qué bien te enmarca, que bien te abraza, te custodia y te proclama!

¡Y ahora sí, y sin pretensión alguna, que me perdonen otros cielos y otras devociones cargadas de esperanza, pero como Tú Soledad, al cruzar tu arco Señora, como tú, Ninguna;

Y será bajo ese intradós de sombras y promesas, cuando las almas se están vistiendo para revivir un nuevo momento de ensueño, cuando se revele

inmutable la Reina de Santiago, la eterna, la Dolorosa por excelencia y de más antigua devoción de nuestra Semana Santa.

Y en ese punto de inflexión, el cielo se inclinará para besar la tierra sin rozarla; y sin estruendo, el Espíritu Santo esencia de la vida, se posará sobre el centenario manto de su madre, la Soledad de Castilleja, transformando el luto en una aurora de esperanza, en luz que la alumbra y en el latido que la sostenga.

Porque su manto, es la oscuridad del Viernes Santo que se posa sobre sus hombros, convertido en documento vivo donde se acumulan las oraciones y la historia de sus devotos a lo largo del tiempo. Es el silencio hecho vestidura, donde Dios esconde sus mejores secretos, para consolar a los que lloran.

Y en su semblante sin congoja, en el instante exacto en que la gloria y el dolor se funden, llegará bajo su palio, precedida por túnicas blancas y colorá, y sonarán los vivas reunidos con las atronadoras notas campanilleras, de la Cima del Monte Calvario, la canción que desde siempre, los corazones placeños han estado cantando al cielo. Y llegará Ella, para que reciba Castilleja la Luz del Mundo, ofreciéndonos sus benditos brazos abiertos, como Pastora Gloriosa bajada de los Cielos; ya no hay prisa, solo la eternidad de este instante. Todo un cúmulo de sentimientos en el bullicio de la noche.

Ya en la plaza de Santiago, cuando la luna busque su resplandor en la plata de sus varaes, nuestra Soledad se hará dueña del misterio, y un año más, Ella hará posible lo imposible, su música no será ya el tambor ronco que

hiere el alma, sino la sinfonía de la Resurrección, metales que cantan a la esperanza.

Ya camina la Señora,  
en su trono de luz dorada,  
mientras Castilleja reza y llora,  
conteniendo los alientos de la aurora.

Y será entonces cuando en Castilleja,  
las sombras se hagan de encaje,  
al dibujar sus volutas,  
los inciensos impregnados en el aire,  
y será entonces cuando Castilleja se haga calle,  
donde se mece su Soledad,  
al compás de los varaes.

Impaciente ya, el viejo templo de Santiago, fiel testigo de su historia aguarda en silencio, listo para abrazar de nuevo entre sus muros la devoción de todo un pueblo. Es el hogar retornado, es el puerto seguro de nuestra fe donde anclamos nuestras emociones, y donde su hijo nos espera.

Y al cruzar el umbral sagrado, mientras la penumbra del templo envuelve la silueta de la Virgen, se detendrá el tiempo, tejiendo los colores del adiós, suaves como el terciopelo, permaneciendo solo la melancolía de la luz que

se apaga, del perfume de una flor que ya se marchitó, y ese nudo en la garganta al comprender, que la belleza más pura nace de la despedida

Cúmulos de emociones con la certeza de que el orgullo de ser placeño, ya se heredó como el apellido. Cúmulos de suspiros que se despiden en silencio aguardando ya el latido de un nuevo ciclo.

Cada noche de viernes Santo, y en su plácida mirada, hallamos el eco de nuestras dudas, invitándonos al recogimiento del alma, a la meditación íntima para aceptar las contradicciones de la vida. Pero no tengáis miedo, susurra su presencia, pues será Ella quien haga siempre posible lo imposible, acompañando todas las Soledades de nuestro pueblo.

Mi vida ha transcurrido con una rapidez sobrecogedora, veloz y sigilosa, como la corriente de un río antes de desembocar en una cascada. Ya en mi vida no cuento los años, solo cuento los instantes, y todos Soledad, me parecen pocos para volver a verte.

Permitidme que os cuente otra breve historia que me sucedió, en mi despacho en la universidad.

Lugar en el que siempre presiden nuestros calendarios con las imágenes de nuestro Cristo de los Remedios y nuestra Virgen de la Soledad.

Era un alumno, con una fotografía enmarcada de Nuestra Virgen, pues al pasar la semana anterior por nuestro pueblo y sostenerle la mirada comprendió la pureza de su esencia; y él, que rinde culto a otras advocaciones, supo de pronto que Ella posee una luz distinta, una impronta distinta, que la hacen única entre todas las demás.

Y desde aquella tarde, este regalo me acompaña en mi lugar de trabajo, tierra mariana de Nuestra Señora de la Cinta, que en el Conquero une a su pueblo, bajo la brisa marinera.

Misterios de la fe, caprichos del alma, cosas de la Virgen, cosas de la Soledad.

Siempre me ha gustado definir la vida de nuestra Hermandad, como un gran mosaico trazado en el tiempo, una historia que respira a través de los siglos.

En nuestro archivo, donde el pasado susurra y la verdad se edifica, no como un monolito, sino como un cúmulo de fuentes, verdades fragmentarias que juntas, forman el relato de nuestra fe y nuestra existencia compartida. Comencé a catalogar los fragmentos del pasado, a ordenar las fuentes documentales de nuestra Corporación ¡Quién me iba a decir, quién me lo diría, que tras pronunciar mi pregón sería yo mismo quien también lo archivaría!

Resultado final: primer archivo histórico religioso creado en nuestra localidad.

Gracias a nuestro repositorio, la vida de nuestra hermandad se alza como un roble, arraigada en la eternidad de los siglos. Es el eco perenne de una historia devocional presidida y compartida por su pueblo, bajo el amparo de nuestras imágenes titulares.

Prueba de ello son las Cartas Pueblas dictadas por la mano del tiempo; del ir y venir de monarcas hispanos, sombras que pisan el suelo y se desvanecen; en la elección de pontífices, vicarios de Cristo en la tierra; en

la Jura solemne de Constituciones, como aquella que la historia proclamó a las plantas de Nuestra Señora, en aquel año de 1812.

Y Ellos, siempre con nosotros.

De los sonidos de la esquila de la parroquia que llaman de Santiago, única en la villa por aquel entonces: anunciando el postrer suspiro de un conquistador, el silencio final del ilustre Hernán Cortés.

Y Ellos, siempre, siempre con nosotros.

Su sonido resuena en movimientos sísmicos, como el que sacudió la tierra aquel primero de noviembre de 1755, o el de aquel originado la madrugada del 28 de febrero de 1969; o anunciando los inicios y finales de tristes acontecimientos bélicos, de períodos dictatoriales y epidemias que marchitan la vida, de revoluciones que agitan el alma y en momentos de democracia que nos traerían la calma.

Y ellos, siempre, siempre, siempre con nosotros.

En la elección de alcaldes y alcaldesas; en la llegada de órdenes religiosas, concepcionistas, franciscanos, irlandesas y maristas; o en la marea cambiante de nuevas devociones, y en los fastos festivos, como la imposición del primer fajín concedido en la localidad, en septiembre del 2000, en la cintura de Nuestra Soledad. O por el 75 aniversario del Dogma de Tú Asunción ¡Y cómo olvidar, la fecha de Tu Grandiosa Coronación!

Y ella, la Madre, junto a su Hijo, siempre testigos del devenir de los tiempos.

Porque si algo brilla con luz inmutable no solo en nuestro pueblo, sino extendiéndose como un río de fe por la vibrante ciudad de Sevilla y los

antiguos pueblos del Aljarafe, es el hondo caudal de cariño y devoción que sus vecinos siempre ofrendaron hacia nuestra bendita imagen.

Junto a su nombre Soledad, en los documentos hallados, siempre aparece ligado el trozo de un corazón, de todas aquellas personas que la conocieron, la quisieron, y por la que mostraron una sin igual predilección. Personas, de muy distinta condición social, a las que todo les parecía poco para poder ofrecerle.

Todo ello certifica que nuestra Corporación posee una de las historias más ricas en cuanto a acontecimientos histórico-artísticos de la provincia de Sevilla, manteniendo siempre en su centro religioso y tradicional, una herencia de padres a hijos: al Patrón Santiago, la Santa Vera Cruz, al Cristo de los Remedios, y sobre todo a la Virgen de la Soledad, residentes en el primer templo parroquial construido en la localidad, el de Santiago Apóstol. Pasado el tiempo, se construirían otros...

Soledad,

eres la Historia de tu pueblo,

a quien nunca le hicieron falta crónicas,

recreadas en el tiempo,

ni títulos anacrónicos,

para proclamar su grandeza.

Porque Tú, Señora de la Soledad,

eres el mayor título que el pueblo entrega,

porque hay verdades que se dicen,

porque el pueblo así lo quiere, y así lo expresa.

Y será siempre Castilleja el pueblo que más te quiera, pues en tu divina hermosura caben tanto la Esperanza del Adviento, como la dedicación maternal de la Pastora y la Celestial Realeza, prevaleciendo ante todo, la Soledad de tu corazón al pie de la Cruz tras el Sepulcro, cuando Castilleja se hace oración en tus manos, recordando todas nuestras ausencias, como cada Viernes Santo, cuando el firmamento se cubra de tinieblas.

Porque Tú, no eres una fecha ni un nombre concreto en el calendario, pues contigo se manifiestan y se engalanan todos los meses del año. Porque Tú eres el blasón de tu tierra y el latido de Tú gente.

Porque Tú, eres la alegría y el honor de tu pueblo, la dulzura y la esperanza nuestra, que desde Tú estrado del cielo, o Tú joyero terrenal en Santiago, nos custodias y nos velas como Nuestra Señora de Guía, en el umbral de nuestro pueblo.

Cada vez que Nuestra Madre de la Soledad baja de su altar, algo grande sucede en Castilleja, siempre, no falla, tal y como sucedió la tarde del día 18 de junio del pasado año 2016, cuando nuestro pueblo se vistió de gala para coronar a su reina.

Porque su devoción, tan sentida en toda la comarca, reclamaba respetuosamente el reconocimiento de una Coronación Canónica en la dolorosa más clásica de todas cuantas hermocean la cornisa del Aljarafe, el reconocimiento de todo un pueblo, que durante quinientos años con amor y pasión la veneran.

Aquel día soñado y largamente esperado, finalmente amaneció. Sonaron las campanas y estallaron cohetes para avisar a los ángeles que la Reina, abandonaría los cielos para ser coronada de sol, de majestad, en su pueblo.

Aquel día del sábado 18 de junio de 2016, mientras la tarde se disolvía y el alma se preparaba para un largo y melancólico ensueño, a las 19:30 nuevamente se abrieron las puertas del templo.

Nervios, emoción, y tristeza, rumor de siglos y suspiros lanzados al viento, momentos en que la luz dorada comenzaba a ceder su trono, a las luces púrpuras y a los tonos anaranjados, mientras el cielo poco a poco se estremecía mostrando la belleza efímera del ocaso.

Comenzaba a salir la Realeza de María, la Soledad de Castilleja, para recibir de su pueblo, la presea más hermosa.

Y mientras el aire de la tarde se poblaba con el rumor de los siglos, el palio de la Señora, suspendiendo la realidad por un instante, poquito a poco caminaba, adueñándose del espacio y del tiempo, transformando el asfalto en un santuario efímero, donde la Gloria, esta vez sí, se hacía visible y cercana en la Plaza de Santiago, el corazón de su pueblo.

Bajo el peso de la historia y el oro,  
en medio del silencio,  
emergía la figura que todo lo llena,  
convirtiendo el espacio en un jardín de terciopelo rojo,  
mientras se desplegaba el manto de la sublime realeza,  
en los que cada puntada es una oración de manos antiguas,  
que tejieron nuestro destino,  
y cada pliegue un recuerdo,

en los que encuentran sentido,

la belleza de lo eterno.

Y en el cortejo la belleza de una devoción, la corona Grandiosa, portada por rostros cincelados por la madurez de los suspiros del mundo.

Aquella mítica tarde, bajo el dosel de la fe, y altar convertido en umbral del Paraíso, a las 20 horas y 42 minutos, se detuvo el tiempo. Siendo entonces por segunda vez en su Historia, setenta y dos años después, cuando nuestra corona grandiosa, se posó sobre las sienes de la Virgen de la Soledad, el señorío de Castilleja, la más hermosa.

Y fue aquel día cuando la plaza de Santiago Apóstol, abriendo sus arcos para recibir a la Señora, se convertiría en un palacio de gloria con cielo de cristal, como un relicario abierto al firmamento, para mostrar las maravillas que en la página de las bellezas de la historia, quedan escritas.

Como quedaron escritos los nombres de aquellos Pontífices y Reyes que formaron parte de nuestra historia, rindiéndose a la Madre elegida por Dios desde su creación.

. El Papa Gregorio XIII, quien el título pontificio nos concedió, y Pío XII quien tu divina Asunción proclamó.

Si por vos Señora, reinaron los reyes, todos los reyes reinan y reinarán para vos.

El sello imperial de Carlos V en las primitivas reglas de la Santa Vera Cruz se grabó.

Felipe II, las de Nuestra Señora de la Soledad y Santo Entierro reconoció.

Más tarde, Carlos IV, el título de Real nos concedió.

O aquel viernes Santo de 1878, cuando la reina Isabel II, acompañada de su hijo Alfonso XII y su esposa María de las Mercedes se inclinaron ante tu presencia.

Y en el tiempo presente, la nobleza de Felipe VI se manifestó, cuando en el año 2016 aceptó la Presidencia de Honor de tu coronación.

Y no se me pueden olvidar a Melchor, Gaspar y Baltasar, cada año en la Epifanía al finalizar la Navidad, mientras San José los observa bajo cortinas de seda y cristal.

En aquellos instantes, sus tiaras, cetros y coronas, otrora símbolo del dominio en la tierra, se convirtieron en simples adornos, que palidecen ante la corona de doce estrellas que ciñó la frente de Nuestra Señora. Pontífices y Reyes, para una Reina.

Y retomando algunos versos de un discurso pronunciado y remozado en el tiempo, esta noche, bajo el velo de la luna os volveré a preguntar:

¿Queda alguien, en este lugar de fe y memoria, que aún se cuestione la razón de la venida de Santiago Apóstol a Castilleja?

¿De verdad, queda alguien que desconozca la respuesta a tal pregunta?

¡Pues a postrarse ante la Madre de Dios más bella, la Soledad de Castilleja, la de semblante fino y la mirada serena. Vino a ser testigo, con ojos asombrados para su coronación, y a rendirle honores, engalanando él mismo su corona con el fulgor de doce estrellas promesas cinceladas con los amores que nunca cesan.

Y aquella tarde Santiago,  
ante su presencia se postró,  
dedicándole estos versos,  
a la Madre elegida por Dios:

Aquí le traigo esta corona de anhelos,  
que de lo eterno alcancé,  
con la luz marcada por el cielo,  
solo, para ceñirla en Usted.

Proclamando en Castilleja,  
con la voz del corazón,  
que no hay más reina en mi vida,  
ni de más santa devoción.

Es mi herencia de siglos,  
patria de fe y de lealtad,  
donde el pueblo se rinde ante el brillo  
de Su Gracia y Su Soledad.

Aquella legendaria tarde del 18 de junio de 2016, pasó hace ya diez años,  
se mantuvo lo que dura un suspiro y se marchó.

La Virgen de la Soledad Coronada, la Reina de los Arcos de Castilleja,  
retornó a su casa con la hermosa luz del alba. Allí apareciste Tú, en tu trono

de luz dorada, como ancla de salvación, apacible, tras recibir el beso de la luna en la alborada.

La vuelta a su templo fue el colofón de su grandiosa coronación. Ella se quedó en Castilleja y Castilleja se quedó con Ella, en un adiós que es un hasta siempre, grabado en la piel de su pueblo. La coronación canónica se había convertido en realidad.

Pero la coronación no fue el final, sino el inicio de una nueva era de devoción, luz que desde hace diez años brilla en las laderas del Aljarafe.

Pero nada pasa, tal vez el tiempo pasa, o tal vez, simplemente, ocurra, como la misma flor que se marchita noche tras noche en el jardín, para mañana florecer nuevamente.

Ahora sí, finalmente el tiempo había saldado una deuda con nuestra Hermandad Sacramental de Santiago Apóstol y con el pueblo de Castilleja de la Cuesta, siendo entonces cuando la Historia la esperó a Ella.

Junto al adjetivo Grandiosa, si hubo un término que describió lo que fue la coronación de Nuestra Señora de la Soledad fue: la Excelencia.

Y diez años después, si existe un término que continúe calificando tal hecho histórico, sigue siendo el mismo: la Excelencia. Gracias en especial, a la labor cotidiana e incondicional desempeñada por los miembros de la Obra social, presentes y ausentes que nos representaron y aún hoy día nos representan.

La Obra Social, de nuestra Hermandad, es una corona cincelada con nuestras oraciones, la de nuestra caridad para todos y de una manera muy especial para los más necesitados, constituyéndose en la gran diferencia,

que en nuestro pueblo nos diferencia. Una institución con muchas nueces y muy poco ruido.

Una fundación no solo para quienes compartimos tan bendita devoción, pues recordando al papa Francisco en palabras pronunciadas una tarde en Jornadas para la Juventud, en el seno de la Madre de Dios de la Soledad y en el corazón de su hijo, el santísimo Cristo de los Remedios, cabemos todos, absolutamente todos. Nadie sobra.

Una institución con el prólogo obligado por los mismos Evangelios de la Corona de la paz y de la reconciliación entre todos.

Con estos deseos, conmemoramos otro aniversario de su fundación, no solo desde 2016, sino desde 2013 con la recogida de la primera caja de cartón, en aquella furgoneta de la ilusión.

Aquí te entregamos el tributo de amor de innumerables corazones de Castilleja, que en un susurro unánime, ya te han proclamado su Reina soberana, su amada Soledad Coronada.

Más esta ofrenda lleva consigo un voto solemne, una condición de amor: que antes de posar a tus pies nuestro homenaje, hayamos vertido generosamente sobre los demás el oro puro de nuestros corazones, rebosantes de caridad y de amor fraterno.

Aquel 18 de junio, fue la fecha marcada en el calendario, en el que Tú pueblo viviría uno de los acontecimientos más relevantes de toda su Historia, la tarde noche más grande jamás vivida y contada, la coronación canónica de Nuestra Señora de la Soledad y la fundación de nuestra Obra Social, todo ello por derecho adquirido y natural, por promesa y por justicia original.

Diez años de gracia, de amor y de historia de aquel rito eterno, de aquel resplandor, cuando el cielo quiso sellar tu victoria como Soberana del pueblo.

Y diez años después, y en el ocaso de la próxima primavera, un leve suspiro bastará para que lo divino y lo terrenal se fundan de nuevo.

Y será entonces cuando el Arcángel San Gabriel, emisario de la aurora, descienda por segunda vez, y deteniendo su vuelo se postrará ante Ella, no con la urgencia del primer anuncio, sino con la serena majestad de la memoria perpetua. La luz buscará su morada en el cristal de su alma pura, y el "Dios te salve" resonará no como un mandamiento, sino como una caricia infinita:

¡Alégrate, Soledad, llena de gracia,

hermosa entre las mujeres,

pues Castilleja de la Cuesta,

conmemora el décimo aniversario,

de tu Coronación Grandiosa!

Y María, cubierta por el velo de la humildad y adornada con la elegancia de una azucena por el viento acariciada, inclinará la cabeza y responderá:

¡Hágase en mí según vuestras palabras,

y que en mi alma y en la memoria de mis hijos,

resplandezca por siempre,

y hasta donde la memoria alcanza,

aquella tarde gloriosa y de alabanza.

Y que diez años después,  
como símbolo de amor imperecedero,  
la corona grandiosa vuelva a ceñir mi frente,  
como testamento de mi amor sincero,  
proclamando al mundo entero nuestra alianza:

¡Porque Yo, la Virgen María,  
también pertenezco a la gente de la Plaza!

Así se expresó el Arcángel San Gabriel,  
cuando del cielo bajó,  
para anunciar la noticia,  
bajo bóvedas de frescos y silencios,  
donde las figuras pintadas parecieron cobrar aliento,  
asomándose desde sus cielos de pigmentos,  
para presenciar, el dulce encuentro.

Y de nuevo, en el silencio del atardecer, cuando el sol de junio se rinda  
ante el Señorío de Santiago, el cielo, convertido en caricia de incienso, se  
vestirá de gala para entonar: "*¡Salve, Soledad nuestra, Reina de los Cielos!*  
y tornándose el aire de incienso y cada brisa en un *Ave María* susurrado por  
los ángeles, se revivirán aquellos momentos inolvidables que permanecen  
vivos, en el corazón y en la memoria de cada hermano placeño.

Y pasarán los días,  
pasarán los años,  
y pasarán los siglos,  
y como siempre,  
todo empieza y acaba contigo,  
Soledad.

Y este año, una nueva primavera renacerá por el Aljarafe, el sol te esperará impaciente para ver tu cara, y en tu mirada posarse. Sucederá de repente, un domingo, en un cielo despejado de nubes, lucirá el sol, y aparecerás tú, junto a palomas blancas diseñadas por Alberti.

Alegrémonos placeños, alegremos placeñas, porque este año también lo haremos de una manera muy especial, que salen el Viernes Santo el Santísimo Cristo de los Remedios y su Madre Soledad, la Virgen de Castilleja, la nuestra, la de siempre.

Alegrémonos placeños, desde muy temprano otro año más, cuando las bandas de música comiencen a tocar el Domingo de Resurrección, paseando por el pueblo todavía de madrugada.

Porque la mañana del Domingo de Resurrección en Castilleja de la Cuesta no despierta con el sol, sino con el estallido de un júbilo que sólo el alma placeña comprende, alcanzando su sentido más profundo cuando durante “la Vuelta”, y entronizada en su carreta, la Virgen de la Soledad cambie su

luto por la gloria. Es el día en que la historia se detiene para que la vida Triunfe.

Y en el atardecer, cuando el sol revestido de rojo santiaguista comience a caer sobre el Aljarafe, volverás a pasear por tu pueblo sobre ascuas de luz en movimiento, fundiéndote con el aroma de claveles y gladiolos que anuncian tu paso, mientras el silencio comience a romperse, celebrando la victoria sobre la muerte.

Pues la tarde del Domingo de Resurrección en la Plaza de Santiago no es un final, sino el cénit de una gloria que nuestro pueblo, celosamente guardada en sus entrañas, siendo entonces, cuando los corazones *placeños* palpiten al compás del costalero, y en cada "levantá" eleven el espíritu de todo un pueblo que se reconoce en su mirada.

La Soledad, radiante y majestuosa, se presenta ante su pueblo como Reina absoluta de la vida, recorriendo las calles de su clásica feligresía envuelta en un clamor de vivas que son oraciones cantadas al cielo, rindiéndose el aire ante su estela, mientras el aire se perfuma de canela.

Y a sus plantas, cuando ya la Soledad se transforma en gozo infinito ante el sepulcro vacío, emergerán tres arcángeles, Gabriel, portando el eco de la palabra eterna, Miguel, con el destello de la justicia en su diestra y Rafael, cuya presencia es bálsamo para las heridas de la tierra; y en el centro de este despliegue de alas y fuego, el ángel de la Guarda por bandera, para que no tropecemos en la duda ante el milagro de la tumba abierta,

anunciando al universo la resurrección de su hijo Jesús de los Remedios como en aquella primera mañana.

Y será entonces, cuando con la maestría de una reina, sus manos escriban el colofón más hermoso: un cierre de oro y azahar a los días de la Semana Santa de Castilleja, donde la belleza de la Soledad se convierta en el último y más hermoso recuerdo, que guardaremos en el pecho hasta que el calendario vuelva a marcar la próxima primavera.

Fiesta Grande en este pueblo, que repiquen las campanas una y otra vez, para despertarlo y hacer a todos saber que la Resurrección de nuestro Señor de los Remedios volverá a suceder, porque lo más hermoso y eterno volverá a pasar, porque los días grandes, los de la Hermandad de la Plaza, están llegado ya.

Y pasarán los días,  
pasarán los años,  
y pasará otra Semana Santa.

Y de nuevo se hará el silencio, para que sume Nuestra Hermandad un año más para la Historia, donde la belleza y el buen gusto se habrán dado la mano hasta un nuevo reencuentro.

Cada uno caminaremos hacia horizontes distintos, pero llevando el mismo cielo de tu mirada; pero sea cual sea la senda, nos marcharemos en paz llevando el alma henchida de lo que fuimos como una lámpara que no conoce el olvido.

Nos retiraremos sin ruido, con la soberanía de quien sabe que la presencia de Nuestra Señora de la Soledad y su hijo Jesús de los Remedios, fue un regalo. Porque en el mapa de nuestras vidas, en el principio y en el último aliento, como siempre, todo empieza y acaba contigo, Soledad.

Y pasarán los días y pasará otro año, y regresará una nueva primavera en la que nada será igual, será distinta, pero manteniendo siempre su misma esencia.

Se hace tarde Soledad Divina, y es momento de partir.

Me voy con la frente limpia y el alma en calma, sabiendo que lo que te entregué fue la luz y lo que me llevo es el fuego necesario para encender otros inviernos.

Déjame que te sienta humana, madre de la Soledad déjame que contemple tras tus ojos, los ojos apenados de mi madre terrena, permíteme que piense que posas un instante esa bendita cara, que me tiendes los brazos, y acunas mi dolor. Virgen Madre de la Soledad, dormir quiero en tu regazo, hasta que Dios me despierte.

Tú te sumerges en tu gente y yo me quedo aquí, en un baile de melancolía donde mis recuerdos y mi realidad se confunden lentamente. Y de nuevo, esperaré el momento de vernos otra vez y detener el tiempo, y cuando el inevitable final de la vida me convoque a marchar, tan solo un ruego, un humilde favor, os voy a solicitar:

“que cuando me llegue la hora de mirar atrás, y si el destino deseado nos vuelve a reunir, me permitas tomar tu mano y contemplar en tu rostro esa enigmática sonrisa, para volver a rezarte una vez más, y corroborar que mi corazón no se equivocaba, desde la primera vez que en Castilleja nos presentaron y me llené de Ti”

Pero finalmente, he de confesaros una y mil veces más, que sigo teniendo esa bendita ilusión desde la primera vez que la vi, que no me puedo callar cuando el corazón me da gritos, para pronunciar Tú ilustre nombre, Soledad.

Si os digo la verdad, no sé hasta qué punto mis palabras habrán estado a la altura de lo que nuestra hermandad significa para todos nosotros, ni si estas palabras habrán logrado rozar siquiera la inmensidad de lo que somos, o tal vez, si se habrán quedado cortas para plasmar con acierto ese sentimiento que nos une.

Sin embargo, tengo la absoluta tranquilidad de haber sido fiel a mi propia memoria, tratando de desgranar ante vosotros, el relato de mis vivencias tal y como las he sentido, permitiéndome entregar lo mejor de mí y compartiendo con humildad, aquellos momentos que han forjado mi fe y mi compromiso dentro de nuestra hermandad.

Se hace tarde Soledad,  
me despido de Ti con la solemnidad,  
de quien cierra un libro que lo ha leído mil veces,  
y que ya no tiene secretos que guardar.

No veas amargura en este gesto,  
pues retirarse a tiempo,

es la forma más pura de la lealtad.

Se hace tarde Soledad,  
y llega el momento de marchar,  
pues la vida reclama mi presencia,  
fuera de estos muros de paz,  
pero antes de finalizar,  
os miro a los ojos,  
y os quiero preguntar:

¿Cómo les explico yo a mis hermanos, que desde que nací, no encuentro ni una sola razón, para no ser de la plaza?

Si ser de la Plaza,  
es un sentimiento que nunca se quiebra,  
y nunca se olvida.

Si todos los caminos y todos los corazones,  
convergen en el umbral de tu casa.

Si en tu advocación se condensa toda dulzura,  
donde se rinde el fuego de los luceros.  
al comprender que no hay brillo más bello,  
que el de tu Gracia en el mundo entero.

Soledad,

¿Pero cómo le explico yo a Castilleja de la Cuesta,  
que no encuentro ni una sola razón, para no ser de la plaza?

Si eres el aroma puro de la flor recién abierta,  
si eres la verdad y hermosura siempre antigua,  
si eres el secreto que los muros encierran,  
y el eco de la fe paciente de nuestros mayores,  
aquellos que ya partieron,  
para finalmente encontrarse con la tuya.

Dime Soledad ¿cómo se lo explico yo?  
Si un día sin pensar en ti, es un día perdido.

Si eres Soledad, augusta, diferente y singular,  
Reina en el cielo desde tiempos remotos,  
Madre del Santísimo Cristo de los Remedios,  
refugio del devoto,  
alivio y consuelo para el corazón roto.

Y si la duda osara asomar,  
que el incrédulo contemple tu semblante,  
y que pose su mirada,  
ante el cristal de la verdad deslumbrante.

¿Pero cómo os lo explico yo?

Si su impronta sella una verdad infinita,  
el secreto más sublime,  
que Castilleja de Santiago ofrenda,  
silenciando el vano murmullo de efímeras disputas,  
y el clamor de vanas contiendas.

Soledad, perdona que insista por última vez,  
¿Pero cómo les explico yo a mis hermanos, que no encuentro una sola  
razón, para no ser de la Plaza?

Si donde reina el sol, no pueden brillar las estrellas,  
si donde presides Tú, solo reside la grandeza.

Porque no hay título más grande y hermoso,  
que el que tú durante cinco siglos ostentas,  
no existiendo laureles ni coronas,  
que igualen tu herencia,  
porque Tú, eres Nuestra Señora de la Soledad,  
la Virgen y la Madre,  
de Castilleja de la Cuesta.

**He dicho.**

